

largo en pedir es en el premio escaso,
por una sola vez no os dé fatiga;
como lo quiso él mismo, en esta empresa,
la mano del monarca es cordobesa.

Dió, en la jura, remate la campaña.
— Ya, hija mía, el tumulto ha concluído;

tenemos Reyes y su heraldo he sido,
¡ya puedes sonreírme! Esto es España.

— Tú, la última en hablar, pero en el peso
del corazón, primera, dí, hija mía,
para cabal memoria de este día
¿qué deseas de mí?

ELVIRA

¿Yo, padre? un beso.

(Se abrazan. La cabezuela de Elvira se deja caer sobre el hombro glorioso de su padre. Los nobles italianos y Colonna al frente, dan un paso para salir; todavía un instante, para no romper la emoción, se contienen y finalmente Colonna, dice.)

COLONNA

Jamás mi lengua hablara
sin la ocasión preclara

que la voz en mis labios precipita;
un noble os pide, Italia necesita,
único premio, y sola
recompensa a su esfuerzo sobrehumano...

GONZALO

¡Pedid!

COLONNA

¡Que nos dejéis besar la mano
de una dama, hija vuestra y española!

(Emoción sin palabras. El Capitán se aparta a un lado. Doña Elvira avanza y, por instinto, con la regia naturalidad que tiene de su sangre, tiende la diestra, que besan los caballeros y capitanes, saliendo, en silencio, por la lateral izquierda. El padre, absorto y conmovido observa; al salir, el último de los caballeros, dice)

ELVIRA

La emoción era tanta, que he debido
parecer poco... Toda mi persona

temblaba; el caso ha sido
que me cogió imprevisto y al descuido
— ¿lo hice tan mal?

GONZALO

(Con orgullo paterno.)

Para llevar corona.

(Satisfecha con la respuesta de su padre, Elvira le sonríe y se dispone a salir.)

¿Me dejas?

ELVIRA

Tu habrás de estar
necesitando reposo,
padre y señor.

GONZALO

¿Por eso te has de marchar,
si a tu lado me reposo
más y mejor?
Con todo ese torbellino
de gente que se ha juntado

por ver la Jura,
la casa es jaral de espino
para el vellón delicado
de tu hermosura;
pues queda conmigo; evite
mi hija el daño y yo a la puerta
vele por ti.

ELVIRA

¡Vano afán! . . . tu alma dormite,
si está de todo tan cierta
como de mí.

GONZALO

(Atrayéndola y dando intimidad a toda la escena.)

Yo sé que naciste buena;
que tu alma es agua en clausura
y que estás
hecha de nieve, azucena:
¿pero quién nos asegura
de los demás?
Si yo te traje a este extremo
de vivir entre la gente,
con razón
al verte indefensa, temo.

ELVIRA

¿No soy tu hija? ¿y no es prudente
mi corazón?

Tengo, mirándome en ti,
tanta fuerza, un no sé qué
de granito,

que tu alma campea en mí
como un sello puesto al pie
de un escrito.

Me acuerdo, por nuestra sierra,
de unas fuentes que ví un día
minerales,

y que, cayendo en la tierra,
toda cosa se cubría

de sus metales;

pues si eres fuente en quien vivo,
yo planta, al pie de un peñón,
en el cerro,

cuando tus aguas recibo,
me dan un caparazón
de hierro.

O vamos a cuentas... ¿Era
tanta en años, en los días
de la Alpujarra?

y aquella vieja hechicera
¿no predijo que aún tendrías

sombra en mi parra?

Pues mi tío, el de Aguilar,
Don Alonso, que allí estaba
y allí murió,

¿no se dejó confesar
que una hija te envidiaba
como yo?...

*(Porque Gonzalo vuelve el
rostro, como si quisiera ocul-
tarlo.)*

— ¿Qué tienes?

GONZALO

¡Que él me adorara,

que tan sólo combatir

sepa esta mano,

que yo en el mundo alentara,

y que pudieran herir

a mi hermano!

ELVIRA

¿Seré necia? ¿yo a tu lado
para no darte reposo,
sino afán?

No me quieras... Dame vado,
¡alza el puente y llena el foso,
Capitán!

GONZALO

¡Hija mía! . . .

ELVIRA

Aunque, hace poco,
 cuando aquella enfermedad
 que duró días,
 no fui cobarde tampoco;
 sospechaba la ciudad
 que te morías;
 forzábate a reposar
 tu fiebre devoradora
 tarde y mañana;
 pero yo fui, en tu lugar,
 virreina, gobernadora,
 capitana,
 recibía embajadores . . .
 Por hondo que fué el abismo,
 ¿me hice atrás?
 Pedí fuerza a mis dolores
 para ser como tú mismo . . .

GONZALO

¡Y fuiste más! . . .
 Que entonces, cuando caí
 rendido el cuerpo en la guerra
 y el alma ilesa,

te ví a mi lado y sentí
 que a mi lado eras mi tierra
 cordobesa;
 la vega de mi alquería
 que hace llano el señorío
 de mi casa;
 la vega nuestra, hija mía,
 donde se aquieta hasta el río
 cuando pasa;
 mi vega, humilde y completa;
 cristiana vieja y moruna;
 ¡tan aplomada,
 tan ancha, que está sin meta;
 tan sobria, que cabe en una
 mirada!
 Y es de modo un cordobés
 que por nada se le borra
 del pensamiento,
 la flecha de su ciprés,
 ni su galgo, que le corra
 humo en el viento.
 Tengo, en mi brazo, el lebrél
 con quien salgo a rastrear
 todas las huellas;
 y nadie es par, para él
 en acosar y alcanzar
 reinos y estrellas!

Tengo — y yo sé donde está —
la flecha conminadora
de mi ciprés
que me dice: «más allá,
vuela más, y más ahora;
aquí no es» . . .
Mas no sería el que soy
logrando tanto en la guerra
con mi brío,
sin llevar por donde voy
en ti, mi casa, mi tierra,
todo lo mío!
Cejara, Elvira, mirando
que es humo el bélico arrojado
que ha de pasar,
si no reviviera, cuando
veo que en ti me recojo
para durar.
Pues ven, hija; que aun después
que haya marcado mi hora
la flecha negra,
¡tú has de estar en mi ciprés
como rosa trepadora
que lo alegral . . .

*(Termina estrechando en
sus manos las de su hija. Las
besa. Aparecen, en la lateral*

*derecha Gaytán y un Correo,
cansado y polvoriento.)*

— ¿Quién?

*(Viendo a los que llegan y
con aire de reconvención.)*

¿Tú, Gaytán? . . .

GAYTÁN

Ha venido
vuestro correo. He creído
prevenir vuestro deseo
y . . .

GONZALO

Da el fajo.

*(El correo le entrega unos
papeles. El Capitán añade,
despidiéndoles.)*

Habéis cumplido
tú, Gaytán y tú Correo.

*(Salen. Gonzalo pasa la
vista por los papeles; su ros-
tro manifiesta alegría e im-
paciencia; dice a Doña El-
vira.)*

— Mis escuchas y enviados
de Francia me escribirán.

ELVIRA

¿Teméis de Francia? ¿no están
todos sus pasos cerrados?

GONZALO

Aún puede quedarles el
más temible y más certero:
la traición de un caballero.

ELVIRA

¿Es Pedro Navarro?

GONZALO

Es él.

*(Por uno de los pliegos
que trajo el correo.)*

De Francia: ¿vendrán aquí
las pruebas que necesito?

*(Lo abre con ansiedad y
lee.)*

ELVIRA

*(Por el otro pliego que tra-
jo el correo.)*

Yo éste lo leo por ti;
porque es de España este escrito.

*(Lo abre y lee con crecien-
te emoción.)*

GONZALO

*(Al terminar su lectura,
guardándose el papel.)*

— ¡Dios es grande! Dicen bien
nuestros árabes de España;
muerde ella el trigo y lo daña;
¡pero, al fin, Dios es también
cizaña de la cizaña!

*(Va hacia su hija, que pa-
rece profundamente impre-
sionada por lo que ha leído.)*

— Elvira... ¿qué es el papel
que a esa emoción te apercibe?
Dame...

ELVIRA

(Tendiéndole la carta.)

Leed.

GONZALO

¿Quién me escribe?

ELVIRA

La Reina Doña Isabel.

GONZALO

(Precipitándose a recoger la carta.)

¡La Reina! . . .

(Leyendo.)

¿Qué! . . .

« . . . os quieren mal;

buscan llevaros a extremos;
venid a España, hablaremos
siquiera de igual a igual;
vuestra palabra en el fiero

tumulto de este hervidero,
venga a darnos el nivel;
os lo mando — y os espero —
Yo, vuestra Reina, Isabel.»

(Dando muestras de perplejidad, Gonzalo pasea la estancia, diciendo.)

Y Nápoles, que cimbrea
todavía mal seguro,
con tanta grieta en el muro
como le abrió la pelea;
sus nobles, tan fieles hoy,
cuando es temible mi brazo;
los calabreses, que estoy
poniendo en horcas a plazo,
¿cómo abandono? . . .

(Se queda mirando a su hija, dando a entender lo que pasa por su mente, al contemplarla. Sereno y haciendo transición, se acerca a ella.)

— Hija mía:

toma aliento y muestra ahora
que no en vano fuiste un día
virreina y gobernadora.
Lo que ha sido puede ser

dos veces; parto, no puedo
ni un sólo instante perder;
pero Italia ha de creer
que en ella enfermo me quedo.
Como ayer forzosamente,
finge hoy hacer; vive alerta,
vela mi sueño a mi puerta
y sé mi sombra, yo ausente.
Zapata y Gaytán te dejo
para tu guarda; habla apenas
y que mi sangre en tus venas
sea mi mejor consejo!

ELVIRA

¿Te vas?...

GONZALO

Y si ya no estoy
camino de España ha sido
para darte el cometido
que de corazón te doy.

ELVIRA

¡Padre!...

GONZALO

(Conteniéndola.)

— A mis hombros procura
aquel manto veronés
que me envuelve hasta los pies
cubriéndome la figura.

*(Sin replicar, dominándose,
entra Elvira a cumplir la
orden de su padre.)*

— De todas las carabelas
de Génova daré al mar
la más rauda... ¡hazla volar,
Dios mío, haciéndole entrar
tempestades en las velas!

*(Viene Elvira con el manto
de Gonzalo, que le ayuda
a colocarse, diciendo.)*

ELVIRA

¿Y así, sin tu protección,
me dejas entre la gente?

GONZALO

¿No eres mi hija? ¿y no es prudente,
Elvira, tu corazón?